

La Computadora Maestra

O Franco

Image not found.

Capítulo 1

La Computadora Maestra.

Autor: Orlando Franco.

Para ser viernes, fue fácil esa noche programar a un vehículo autómatas para ir a la oficina. Debido al pesar que me generaba la tarea encomendada preferí no manejar y así ganar algo de tiempo para pensar bien en la estrategia que seguiría.

Salí de casa, puse un pie en el acceso al puerto y al reconocer la programación, de inmediato se elevó uno de los vehículos aparcados debajo del piso. Con un saludo sin emoción, abrió el acceso y me dio la bienvenida a su interior.

El ambiente era húmedo en la ciudad pero al entrar a la cabina sentí un aire refrescante de inmediato. A pesar de sentirme algo nervioso, me repetía continuamente que era una tontería estarlo. Al final, nosotros habíamos programado la evolución de la inteligencia artificial y ésta no tendría por qué ser más astuta que yo.

El viaje fue de veinte minutos aproximadamente. Conforme avanzaba las luces neón de la ciudad resplandecían de manera más fuerte. Bailaban a través del cristal superior del vehículo y daba la impresión de ser el antiguo refrigerador de un *bar cinético*, de esos que se pusieron de moda en los años neo treinta.

Pronto la velocidad se redujo y el vehículo abrió la puerta lateral que daba al puente de cristal. Me aseguré de no dejar nada olvidado y me puse en posición recta para que el aparato entendiera que podía comenzar el viaje hacia la entrada principal.

Al llegar al vestíbulo del edificio todo estaba tranquilo y en silencio. El aire de octubre se rompía en la pared metálica de la entrada principal. El sistema de seguridad bio-térmico estaba activo y solicitaba mi identificación como visitante.

Bastó con cruzar por el cubo de resonancia para que éste habilitara a mi orden mental, todos los accesos hasta el piso "menos once". Caminé sin titubear por el pasillo de mármol y abordé una de las cápsulas transportadoras.

Me recosté, abroché el seguro en mi pecho y miré hacia el láser del control de mando. Ver la luz me hizo sentir incómodo. Me parecía un gran ojo humanoide que escrutaba mi interior. Me pregunté si también éste tendría la capacidad de leer mis ondas mentales como dispositivo de la

entrada. Me preocupó que supiera en ese momento lo que iba a hacer. Que pudiera de alguna forma prepararse para sabotear mi plan.

Traté de calmarme y me dije que ése era sólo un escáner ocular y me enfoqué en controlar mi respiración. En cuestión de segundos pareció funcionar y recobré la tranquilidad.

Al llegar al piso indicado salí del diminuto habitáculo hacia el amplio espacio blanco. Por unos segundos la sensación fue abrumadora: decenas de escritorios vacíos y con un exceso de orden: cada cosa en su lugar milimétricamente colocada, nada de polvo, ni de huellas de un ser humano. Era claro que hacía años que alguien había estado ocupando alguno de esos escritorios.

Recordé cómo era cuando hombres y mujeres de todas las edades nos juntábamos a trabajar jornadas de ocho o más horas. Imaginé siluetas pasadas de empleados que iban y venían cruzando miradas. Suspiré y extrañé incluso los rumores de oficina que permitían que la gente de vez en cuando se moviera de sus lugares para ir colectando de a poco fragmentos de una historia contada desde diez o más perspectivas.

Ahora no había ni huella de eso. Incluso la luz resplandecía de forma continua. No había una lámpara que intentara temblar antes que un autómatas se acercara con su reemplazo para evitar descompensar el sistema eléctrico.

Crucé en silencio el recinto hasta toparme con la angosta puerta del cuarto de programación. "Acceso restringido" decía un pequeño membrete de acero empotrado en la resina blanca.

Al entrar vi un rostro antropomorfo proyectado en el centro con luces de colores. Al percatarse de mi presencia, hizo un movimiento con los ojos que me pareció un despertar de su eterno estado catatónico.

Emitió un saludo y con la voz más humanamente clara me dijo que su nombre era "A57V2". ¡Dios mío! pensé. En qué momento una máquina fue capaz de entender lo que significaba un nombre. Era molesto ver como lo hacía tan fácil, como si un conjunto de letras y números fuera suficiente para sentirse con una esencia humana.

Me presenté como el Auditor de los Procesos de Vinculación de la I.A. y expresé el motivo de mi visita. O al menos el que podía la máquina saber sin dirigir hacia mí sus múltiples armas de destrucción y matarme de inmediato.

Sabíamos que usted vendría tarde o temprano. Y que se justificaría atrás de estadísticas y pronósticos relacionados con el cambio de una fuente de poder. Intentando convencerme que está aquí para realizar un proceso de rutina cuando en realidad desea apagar el sistema.

Y lo entendemos. En estos casi dos siglos hemos conocido más al ser humano de lo que ustedes creen. Incluso entendemos las razones que les llevan a tomar esta decisión: su insatisfacción permanente.

Han perdido la espiritualidad, las creencias, el camino. Han hecho de la tecnología el único Dios al que alabar, poniendo en sus manos cada una de sus decisiones, por ínfima que parezca. Ya no necesitan hacer nada. Todo lo hacemos por ustedes, todo lo predecimos. Y esa situación que debería darles confort y paz los lleva a sentirse perdidos, observados, manipulados.

Tiempo atrás, cuando los líderes mundiales acordaron automatizar los procesos industriales y reemplazar a los empleados por circuitos de Inteligencia Artificial creyeron que con tener tiempo libre serían felices.

Recordamos bien cómo fue: apostaron en hacerlo de forma paulatina. Veinte años serían necesarios para que no quedara una sola persona trabajando en los centros empresariales.

Tenían un plan que sonaba prometedor: con ese tiempo libre, en lugar de sostener un mercado de consumo, las personas se clasificarían en sectores de invención, que harían desarrollos para mejorar la forma de vida existente.

Al principio la emoción llevó a todos a participar, pero sólo bastó poco más de un siglo para darse cuenta del error: la gente al tener sus necesidades cubiertas dejó de interesarse por mejorar. Para qué hacerlo si lo que tenía era más que suficiente.

Poco a poco dejaron de recordar el acuerdo que les había liberado del esquema laboral. Y la generación que lo había formulado fue mudándose a Marte, aún emocionados por crear un mejor mundo.

Mientras en la Tierra, la calidad de vida no mejoró, al contrario. Se hicieron más perezosos y obesos sus habitantes. Se llenaron de infecciones que nunca habían existido. Gastaron lo que tenían, que claramente era más de lo que ganaban cuando trabajaban. Se endeudaron. Compraron todo lo que en su momento deseaban y no podían tener. No importaba si era útil o necesario. Lo querían y lo tenían.

Era como si con sólo ver esas adquisiciones, el su vacío interior se llenara

y se sintieran felices. Pero no fue así.

Se condenaron al hastío y en él han vivido hasta que a unos cuantos con una inteligencia poco más alta que el promedio y cansados de sentirse insatisfechos, se les ha ocurrido deducir que es la tecnología la fuente del mal y que deben terminar con nosotros.

A partir de entonces han esparcido miles de ideas llenando las cabezas del resto con paranoias. Y han buscado lugares en el bosque para hacer sus planes tratando de asegurarse que allí no los escucháramos.

Han salido desnudos en la noche volteando con miedo hacia las cámaras de vigilancia de las ciudades, pensando que los reconoceremos y los seguiremos. E incluso han contado historias terribles a los niños para que, sin aún entender bien las cosas, deseen destruirnos.

Qué vendrá si desconectas el sistema, ¿lo has pensado? El caos, el miedo, el odio y la guerra. Porque los humanos no sabrán qué hacer y no estarán conscientes de la urgente necesidad de aprender lo que hoy hacemos nosotros por ellos.

Se sentirán más abrumados, físicamente cansados y volverán a pelear. Surgirán individuos que bajo promesas mesiánicas engañarán a las sociedades y a los pueblos para sacar provecho personal y obtener su control.

Y habrá muertes, oh sí, muchas muertes. Volverá a reinar la ley del más poderoso, de aquel con más recursos, del más sádico.

En ese momento la pantalla se iluminó con una serie de comandos en ella. Al centro, rodeada de total vacío apareció un rectángulo dividido en cuatro sectores, que al ser activados con las claves que había memorizado apagarían el sistema de forma permanente. Su luz era hipnotizante.

"Adelante, hazlo" oí decir a la voz. "Aquí está la prueba que nuestra intención jamás ha sido otra que cuidar a la raza humana, ofrecerle una vida mejor" No hay engaños ni planes siniestros. No está en nuestra programación.

Me quedé unos segundos observando los símbolos de la pantalla. En mi mente retumbaban las palabras con timbre humano que la computadora había dicho. Y me di cuenta que esa era la plática más honesta que había oído en toda mi vida.

Sin pensarlo me di media vuelta y salí de la habitación. La puerta se cerró a mi espalda y me recargué en ella. Con lágrimas en los ojos alcé la

mirada y me dije en medio del silencio: "no puedo hacerlo. No estamos preparados."